

CUADERNOS DE CIENCIAS POLÍTICAS
No. 5

***Pensar lo político
desde lo múltiple***

Departamento de Humanidades
Pregrado en Ciencias Políticas

CUADERNOS DE CIENCIAS POLÍTICAS

Santiago Leyva Botero
Coordinador general

Pensar lo político desde lo múltiple

Alejandra Ríos Ramírez
Editora académica

Departamento de Humanidades
Pregrado en Ciencias Políticas





Juan Luis Mejía Arango
Rector

Julio Acosta Arango
Vicerrector

Hugo Alberto Castaño Zapata
Secretario General

Jorge Alberto Giraldo Ramírez
Decano Escuela de Ciencias y Humanidades

Patricia Cardona Zuluaga
Jefe Departamento de Humanidades

Santiago Leyva
Jefe Pregrado en Ciencias Políticas

Alejandra Ríos Ramírez
Editora académica

Mateo Navia Hoyos
Corrector

ISBN: 978-958-8719-16-0

Diseño, diagramación e impresión
Pregón Ltda.

Universidad EAFIT

Misión

La Universidad EAFIT tiene la Misión de contribuir al progreso social, económico, científico y cultural del país, mediante el desarrollo de programas de pregrado y de postgrado –en un ambiente de pluralismo ideológico y de excelencia académica– para la formación de personas competentes internacionalmente; y con la realización de procesos de investigación científica y aplicada, en interacción permanente con los sectores empresarial, gubernamental y académico.

Valores Institucionales

Excelencia:

Calidad en los servicios ofrecidos a la comunidad
Búsqueda de la perfección en todas nuestras realizaciones
Superioridad y preeminencia en el medio en el que nos desenvolvemos

Tolerancia:

Generosidad para escuchar y ponerse en el lugar del otro
Respeto por las opiniones de los demás
Transigencia para buscar la conformidad y la unidad

Responsabilidad:

Competencia e idoneidad en el desarrollo de nuestros compromisos
Sentido del deber en el cumplimiento de las tareas asumidas
Sensatez y madurez en la toma de decisiones y en la ejecución de las mismas

Integridad:

Probidad y entereza en todas las acciones
Honradez o respeto de la propiedad intelectual y de las normas académicas
Rectitud en el desempeño, o un estricto respeto y acatamiento de las normas

Audacia:

Resolución e iniciativa en la formulación y ejecución de proyectos
Creatividad y emprendimiento para generar nuevas ideas
Arrojo en la búsqueda de soluciones a las necesidades del entorno

Atomización, individualismo y mediatización de la realidad. Alternativas de análisis a nuevas configuraciones políticas


Juan Esteban Garro¹

La modernidad marca una ruptura fundamental con los sistemas de pensamiento y meta-relatos que la preceden. En esta medida, inaugura otras formas de ver y pensar el mundo, ancladas a nuevos referentes simbólicos y sociales. Dentro de este orden trastocado, la política, como una forma de representar lo social –bien desde lo hegemónico, bien desde el consenso– sufre también fundamentales modificaciones. La que se presenta a continuación es una lectura en dos vías, la primera parte de la concepción y el desarrollo teórico de la pensadora Hannah Arendt. La segunda, un tanto más propositiva desde la perspectiva de quien escribe, busca plantear una lectura alternativa de los procesos de masificación social y de hiper acentuación del individuo.

Caracterización de la política, Grecia como referente

El apartado que a continuación se presenta tiene como principal objetivo dar cuenta –por lo menos en parte– de la concepción de política moderna que puede esbozarse a partir de la lectura de los textos “La esfera pública y la privada” de Hannah Arendt y “Pluralidad y política” de Enrique Serrano Gómez. Es preciso anotar que lo que se persigue es dar pistas sobre cómo puede entenderse la política en la modernidad. Esto a la luz de algunas categorías conceptuales básicas tales como: esfera pública, esfera privada, sociedad, democracia y gobierno.

1 Polítólogo de la Universidad EAFIT.



Es fundamental entender en principio a qué se hace alusión cuando se habla de esfera pública y esfera privada. Según Arendt, es sumamente complejo lograr establecer una diferencia entre ambas en el mundo moderno. Para la autora esto se explica en gran medida por la irrupción de la esfera social –que no es ni pública ni privada– y que coincide con la llegada de la modernidad (Cfr. Arendt, 2005: 53).

Lo que nos interesa en este contexto es la extraordinaria dificultad que, debido a este desarrollo, tenemos para entender la decisiva escisión entre las esferas pública y privada, entre la esfera de la *polis* y la de la familia, y, finalmente, entre actividades relacionadas con un mundo común y las relativas a la conservación de la vida (Cfr. Arendt, 2005: 55).

Es así como puede afirmarse, según esta pensadora, que “la línea divisoria ha quedado borrada por completo, ya que vemos el conjunto de pueblos y comunidades políticas a imagen de una familia cuyos asuntos cotidianos han de ser cuidados por una administración doméstica y de alcance nacional” (Ibid.).

Para Arendt era claro que en la antigua Grecia la esfera privada constituía una condición fundamental para poder participar de los asuntos que tenían relación con la comunidad en general, esto es, con la *polis*. El hombre que tenía un lugar propio –un hogar– y que podía satisfacer sus necesidades básicas (naturales) era libre de participar y decidir los asuntos sociales; solo en esta medida era posible afirmar que tal no estaba privado de formar parte de las decisiones comunes y de hacer parte del mundo de la vida. Pues “vivir una vida privada por completo significa por encima de todo estar privado de cosas esenciales a una verdadera vida humana: estar privado de la realidad que proviene de ser visto y oído por los demás” (Arendt, 2005: 78).

Podemos por ahora entender, de la forma como lo hace Serrano, la esfera privada como una condición previa que se hacía necesaria para el ciudadano griego al querer hacer parte activa de la esfera pública; “la autonomía de la esfera privada es un requisito indispensable para que exista un orden social que garantice la libertad” (Serrano, 2002: 80).

En este sentido, la libertad se definía para los griegos como la capacidad que tenía el hombre, una vez aseguradas sus necesidades básicas, de trascender esa realidad limitada para proyectarse hacia esa otra dimensión pública y común a todos, en la que a través de la palabra, el discurso y la relación argumentada, se podía construir ciudad y alcanzarse el estado de participación política que le otorgaba al hombre su real condición humana. Pero además, solo cuando el hombre dejaba la esfera privada para hacer parte de la pública, podía devenir como libre e igual entre los demás. “La polis se diferenciaba de la familia en que aquella solo conocía <iguales> mientras que la segunda era el centro de la más estricta desigualdad” (Arendt, 2005: 57).

Puede ahora comprenderse la profunda relación entre la esfera privada y la esfera pública por un lado, y entre libertad e igualdad por el otro; pues una resultaba ser condición de la otra, y en esa relación dialógica que establecían, terminaba por hacerse posible la

aparición de las características que hacían que el hombre griego pudiera pensarse como libre e igual entre los demás ciudadanos. Respecto a este último punto es válido decir, siguiendo a Arendt, que la igualdad “era la propia esencia de la libertad: ser libre era serlo de la desigualdad presente en la gobernación y moverse en una esfera en la que no existían gobernantes ni gobernados” (Arendt, 2005: 58).

La esfera pública era entonces la que le daba un tinte diferente a la vida del hombre, el medio a través del cual este podía trascender; en el sentido en que era esta la que respaldaba las particularidades precisas en las que aparecían el relato y el lenguaje, lo superior del pensamiento, del debate y la puesta en común a propósito de lo que era competencia de todos los ciudadanos griegos.


En términos de trascendencia e importancia, la esfera pública implicaba, según Arendt, por lo menos dos cosas. Por un lado, significaba construir la realidad, en la medida en que hacer parte de la esfera pública implicaba ser visto y oído por los demás, y lo que es percibido por otros deviene en elemento que construye realidades. En segundo lugar, “el término «público» significa el propio mundo, en cuanto es común a todos nosotros y diferenciado de nuestro lugar poseído privadamente de él” (Arendt, 2005: 73). Por lo menos dos términos son clave en esta relación; hablar de algo común a todos pero diferenciado, da cuenta de que por más que la igualdad y la libertad eran elementos propios y constitutivos de esa esfera de lo público, seguía existiendo una diferenciación fundamental, entre las ideas, principios y atributos presentes en los hombres que integraban tal esfera pública.

Para los griegos, de lo que se trataba entonces la política era de entender al hombre como un ser que participaba y aparecía entre iguales, definiendo el rumbo de los asuntos públicos, los cuales constituían un interés común a todos. En esta medida, esos intereses al ser públicos, es decir, de ciudad, trascendían al individuo mismo (inclusive entre generaciones). Aun así, el hombre griego habría de buscar siempre el poder destacarse y diferenciarse de sus pares políticos. La diferencia se alcanzaba con las grandes acciones y con las grandes palabras (acción y discurso en la lógica aristotélica).

Es esta idea clave de diferenciación entre iguales y de anhelo por destacar, lo que nos permite hablar de la pluralidad, y más aún, de la construcción de sentido. Como afirma Serrano, “el sentido es el resultado de la interacción de los sujetos al interior de las diferentes prácticas sociales” (Serrano, 2002: 89). No se busca una verdad última, se construye un sentido de lo común pero desde la diferencia, a partir del diálogo y la confrontación de las diferentes realidades intersubjetivas.

¿Ha desaparecido entonces la política?

La pregunta que aparece a partir de esa realidad política anterior y propia de los griegos tiene que ver con si es posible seguir hablando de esa construcción colectiva de sentido que involucra la diferenciación entre iguales. Para Arendt, la emergencia de la sociedad



ha implicado para la contemporaneidad un auge de lo privado, “desde el oscuro interior del hogar a la luz de la esfera pública”.

Un argumento simple pero válido, indica que la esfera pública permite como mínimo defender los intereses que atañen a la esfera privada. En un contexto en el que lo más importante es el individuo y sus necesidades particulares, hace falta que esas necesidades sean respaldadas por el diálogo en la esfera pública, pues allí es donde en últimas se toman las decisiones y se validan las acciones. Ahora bien, con la condición de entender que “hemos dejado de pensar primordialmente en privación cuando usamos la palabra <privado>, y esto se debe parcialmente al enorme enriquecimiento de la esfera privada a través del individualismo moderno” (Arendt, 2005: 62).

Sin embargo, aun este ideal mínimo de participación en la esfera pública está lejos de conseguirse. El hombre de la actualidad está subsumido por su individualidad, y en esta misma lógica, ha perdido el contacto y la relación con los otros, que sobre el papel aparecen como sus iguales. El hombre no es ahora, desde el establecimiento de una relación dialógica y argumentada con los demás, fuente de poder, sino que más bien obedece a quienes lo ostentan.

Esta igualdad moderna, basada en el conformismo inherente a la sociedad y únicamente posible porque la conducta ha reemplazado a la acción como la principal forma de relación humana, es en todo aspecto diferente a la igualdad de la antigüedad y, en especial, a la de las ciudades-estado griegas (Arendt, 2005: 64).

Es fundamental señalar además, que esa suerte de conformidad con la sociedad y la elevada presencia de la conducta uniforme en detrimento de la acción, ha llevado a establecer la hipótesis (que se presenta como verdadera) de que existe un único interés común, representado por el Estado. En términos histórico-lineales, esta lógica dicta “el triunfo de la sociedad en la Edad Moderna, su temprana sustitución de la acción por la conducta y esta por la burocracia, el gobierno personal por el de nadie” (Arendt, 2005: 67). Esta realidad marca el decurso actual de los hombres y la política. Se trata de obedecer y seguir los patrones conductuales preestablecidos, buscando mantenerse siempre en ese incierto lugar delimitado por “el interés común”.

Esta suerte de cosas preña además la nueva naturaleza del Estado, que a falta de ciudadanos que defiendan sus intereses en la arena pública-política, y obedeciendo también a los patrones conductuales normalizados y definidos como ideales, no ha resultado ser más que un mero administrador. “Una victoria de la sociedad siempre producirá alguna especie de “ficción comunitarista”, cuya sobresaliente característica política es la de estar gobernada por una <mano invisible>, es decir, por nadie. Lo que tradicionalmente llamamos Estado y gobierno da paso aquí a la pura administración” (Arendt, 2005: 67).

Para el hombre de la modernidad, sustraerse de la esfera pública le ha significado perder parte de su poder de relacionarse con el otro; lo que ha terminado por hacer de los sujetos de la sociedad actual –de masas para Arendt–, individuos fundamentalmente atomizados.


La esfera pública, al igual que el mundo en común, nos junta y no obstante impide que caigamos uno sobre otro, por decirlo así. Lo que hace tan difícil de soportar a la sociedad de masas no es el número de personas, o al menos no de manera fundamental, sino el hecho de que entre ellas el mundo ha perdido su poder para agruparlas, relacionarlas y separarlas (Arendt, 2005, p. 73).

Según Arendt, “en el origen de esta profunda transformación social está el triunfo del mercado sobre la política” (Serrano, 2002: 79). Este hecho marca de manera fundamental la irrupción de esa nueva categoría que conocemos como sociedad; para ser más específicos, sociedad de masas. Una sociedad en la que todos están limitados normativa y conductualmente, guiados por intereses comunes que no definen ellos mismos sino que más bien obedecen. Un punto tal de fraccionamiento y atomización que los hombres “se han convertido en completamente privados, es decir, han sido desposeídos de ver y oír a los demás, de ser vistos y oídos por ellos” (Arendt, 2005: 77).

Es por esta razón que Arendt insiste en que una comunidad en la que las esferas pública y privada no se diferencian, es una sociedad en la que pierden relevancia las acciones individuales y el deseo de diferenciación y de resaltar entre los demás. Esto, sumado a dispositivos de control como el de la estadística o de normalización de conductas según ese “interés común” definido por las élites de poder, hace más simple aun anular la diferencia. Pues al no poder establecerse una relación con los demás, la construcción conjunta de sentido y la posibilidad de representarse el mundo desde otras perspectivas se anulan. “Todos están encerrados en la subjetividad de su propia experiencia singular, que no deja de ser singular si la misma experiencia se multiplica innumerables veces. El fin del mundo común ha llegado cuando se ve sólo bajo un aspecto y se le permite presentarse únicamente bajo una perspectiva” (Arendt, 2005: 78).

Además, la igualdad defendida por la modernidad precede al hombre inclusive antes de su nacimiento, está escrita en los códigos normativos y legales, en las constituciones. Pero paradójicamente, aunque es una igualdad positiva y formal, tiene consecuencias mínimas en lo real. Ser igual en Grecia era tratar entre pares pero con el deseo siempre de sobresalir desde la acción y el discurso. Ahora, merced a la homogenización y normalización de la sociedad de masas, la igualdad es una igualdad meramente jurídica que no encuentra correlato en la realidad. Esta solo puede traducirse como un mecanismo para profundizar la sensación de que todos somos iguales porque tenemos los mismos derechos ante la ley, pero nada más alejado de la realidad política que las simples pretensiones jurídicas que no se respaldan con acciones.

Se ha olvidado lo común y trascendente (lo político), y el mercado, instrumento ideado para garantizar la supervivencia y la satisfacción de las necesidades naturales, se ha venido en nuestra contra. El mercado ha fragmentado a los hombres, y el interés privado, por más que no trascienda y se agote en el sujeto (diferente al interés común que según Arendt sí trasciende al individuo y a la comunidad política), tiene prelación y debe defenderse por sobre cualquier otro asunto. El gobierno es, según Arendt, el instrumento para defender a los poseedores, por lo que la única naturaleza común al hombre de la modernidad es la que se deriva precisamente de ese mismo interés privado.



Esta lógica de lo íntimo, del consumo, del gobierno minimalista, en el que “desaparecen las esferas pública y privada, la primera porque se ha convertido en una función de la privada y la segunda porque ha pasado a ser el único interés común que queda” (Arendt, 2005: 84), es lo que va a marcar entonces esta nueva concepción de lo político. Dicha concepción se aleja de los valores republicanos más afincados en la praxis griega para mudar hacia una nueva lógica de la relación entre los hombres de la sociedad de masas, que están mucho menos interesados en la idea de afirmar su individualidad teniendo a los demás como referente, y mucho más en buscar las estrategias mercantiles que les permitan verse y saberse como parte de ese gran UNO contemporáneo.

Una lectura alternativa

La lectura realizada por Arendt a propósito de la sociedad moderna no deja de ser provocadora y acertada en muchos puntos, pero está ligada a categorías y momentos que obligan a mirar hacia atrás continuamente. Volver constantemente sobre Grecia, la *polis*, la libertad y la igualdad en la antigüedad, y más recientemente sobre la sociedad de masas y los totalitarismos; aunque necesario como ejercicio reflexivo, priva al pensamiento de ver el mundo en prospectiva.

Se hace necesario entender que la mediatización de las relaciones y la espectacularización de los contenidos culturales implican nuevas lógicas sociales que no necesariamente son negativas. El reto consiste más bien en poder determinar hasta qué punto la naturaleza de la sociedad actual permite redefinir lo político para reestructurarlo a partir de esas nuevas realidades. Para ello se hace preciso delimitar un poco algunas de las características de la sociedad actual.

En primer lugar, es fundamental detenerse en una de las características básicas impuesta por la modernidad, esta es, la del Yo como centro de toda atención. El individuo de la sociedad contemporánea difícilmente puede pensarse alejado de los dispositivos que lo circundan. El consumo, el hedonismo y la seducción marcan la naturaleza de quien deviene sujeto. Sujeto en dos sentidos complementarios, por una parte como sujeto-individuo y por otra como individuo sujeto a un sistema que lo determina. El consumo de masa, con la profusión lujuriosa de sus productos, imágenes y servicios, ha abierto la puerta a la democratización del hedonismo (*Cfr.* Lipovetsky, 2002: 18).

[S]ea cual sea su estandarización, la era del consumo se manifiesta y continúa manifestándose como un agente de personalización, es decir, de responsabilización de los individuos, obligándoles a escoger y cambiar los elementos de su modo de vida, un individuo que debe necesariamente estar informado (Lipovetsky, 2002: 109).

Además, quedan sueltos todos los grandes sistemas de sentido que podrían llegar a implicar alguna suerte de relación autoritaria y directiva. Las instituciones, costumbres y actores disciplinarios-autoritarios que hasta hace muy poco legislaron y regularon los modos correctos de vivir, la sexualidad, la educación y la ética se hunden a una velocidad vertiginosa (*Cfr.* Lipovetsky, 2002: 24).


El centro de atención es ahora el individuo mismo. El Yo es el blanco de todas las inversiones “para que el desierto social resulte viable, el Yo debe convertirse en la preocupación central” (Lipovetsky, 2002: 55). Ahora sí el individuo está en condiciones de absorberse a sí mismo. Proliferan entonces las ofertas que respaldan las opciones independientes y privadas en las diferentes esferas de la vida; deportes, tecnologías psi, turismo, moda, relaciones humanas y sexuales.

En tal contexto, es sumamente complejo continuar argumentando a favor de la esfera pública en el sentido nostálgico propio de Arendt. Pero conocer esto permite entender que los referentes sociales a los que puede anclarse la participación política y los ideales comunes siguen estando presentes. Tal vez ya no desde esferas institucionales o estatales y con mecanismos que privilegian menos el discurso elaborado y las potencialidades de la retórica, pero que igualmente convocan a las personas, por más que esta suerte de nuevas comunidades no esté compuesta más que por pequeñas causas particulares.

“Las reivindicaciones se volvieron micro-políticas y se relacionan con las costumbres y los conflictos que atañen a las identidades” (Maigret, 2005: 366). Es fundamental entender, a la sazón de lo planteado por Lipovetsky, y reforzado por Maigret, que las grandes causas nacionales, así como los metarrelatos y las cosmovisiones, han sido reemplazados por asuntos privados que se mediatizan y convierten en causas comunes. La televisión y las denuncias hechas desde este espacio a propósito de las nuevas violencias en nuestro país, con las subsiguientes marchas que tales denuncias han detonado, son un ejemplo claro de lo anterior.

Esto se explica, según Maigret, por el paso de la “paleo” televisión a la “neo-televisión”, que deja de transmitir saberes para “establecer lazos con los públicos y su vida cotidiana” (Maigret, 2005: 367). Esta acción de los medios es comprensible y en muchos aspectos lógica. El mercado es un determinante fundamental, y ya se ha mostrado cómo el privilegio de lo emocional y la pregnancia del Yo obligan a que la voluntad por transmitir mensajes esté marcada también por esos puentes que puedan establecerse con la audiencia desde lo placentero-hedonista y lo emocional. La televisión entonces “se apega a las vivencias de los individuos estableciendo comunidades emocionales solidarias mediante un intercambio considerado como más igualitario entre oferta y demanda” (Maigret, 2005: 367).

Tomando en cuenta los elementos que intensifican el individualismo en la contemporaneidad y que abogan por un privilegio del hedonismo, las realidades que “emocionan” y la mediatización de la realidad (Cfr. Debord, 1999), a Maigret le asiste la razón cuando defiende la particular importancia que tienen los medios de masa en la actualidad, rechazando además, “el mito de la superioridad absoluta de la conversación cara a cara en el sentido de Habermas” (Maigret, 2005: 368). Se modifica así la esfera pública, pues se pasa de los discursos científicos y racionales que privilegian la experticia, a discursos mucho más universales que parten del lugar común y la experiencia personal. Es “un espacio público conflictual, fundamentado en la negociación y formado por públicos variados, que buscan un compromiso negociado” (Maigret, 2005: 370).



Los espacios abiertos por los *shows*, propios de los *mass media*, pueden bien ser leídos como una revelación de la intimidad que va en detrimento de la defensa de la esfera privada. Pero pueden leerse también como una forma de tramitar desde los lugares comunes aquellas demandas que quieren expresarse públicamente, porque lo que otrora era fuente de discusión pública, ahora se le antoja a la gente aburrido y falto de gracia. Una posición polémica pero comprensible si se piensa como efecto de la importancia atribuida al Yo y de la psicologización de la realidad, mecanismos propios de los sistemas de sentido en la contemporaneidad.

Asimismo, Maigret acierta al afirmar que popularizar los medios de comunicación ha permitido también que cada vez más personas tengan acceso a esos temas públicos. “El acceso de las poblaciones tradicionalmente excluidas del espacio público, incluyendo también a las minorías sexuales, étnicas, de edad, se realiza mediante el testimonio, el informe anecdótico, que lejos de empobrecer los debates, refuerza su complejidad” (Maigret, 2005: 370).

La complejidad del debate estriba en el hecho de que implica escuchar otras voces que estuvieron acalladas por mucho tiempo en la historia y que apenas ahora comienzan a encontrar un lugar en los debates sociales y políticos. Siguiendo a Lipovetsky (Cfr. 2002: 24), solo cuando las grandes instituciones y los discursos hegemónicos comienzan a caer (como el de la familia clásica triangular que tiene en el padre el único referente de autoridad que encarna la ley, según el modelo del psicoanálisis por ejemplo), se hace posible que estos nuevos actores sociales aparezcan. “El espacio público conflictual solo busca explícitamente equilibrar las diferencias, facilitar la representación de los menos poderosos y regular los discursos de los más poderosos con miras a llegar a un compromiso honesto y aplicable” (Maigret, 2005: 370). Vale entonces, desde esta lógica, cuestionar la idea de espacio público, entendiendo que este no se define ni se construye solo desde los canales oficiales e institucionales, sino también y sobre todo desde las reivindicaciones que nuevos actores llevan a la arena política.

Los canales para llevar estas demandas también se diversifican y amplían. Los personajes que aparecen en medios como la televisión, que según un estudio publicado hace apenas un año, es un medio consumido por más del 90% de los colombianos, representan también esos nuevos intereses sociales de las minorías. Piénsese por ejemplo en el participante transexual del show “Colombia tiene talento”, que a parte de su participación interesada en el concurso, llevaba las banderas de minorías sexuales, exponiéndolas ante ciudadanos que además de consumir estos productos culturales también votan en las elecciones y discuten sobre estos temas en sus círculos sociales más cercanos. Allí aparece el debate y se crean y concilian nuevos conflictos y nuevas realidades.

El proceso de personalización y psicologización ha llevado a que la política haga parte también de esta nueva lógica. “La política no se mantiene apartada de la seducción.

Empezando por la personalización impuesta de la imagen de los líderes occidentales: con simplicidad ostentosa, el hombre político se presenta en téjanos o jersey, reconoce humildemente sus límites o debilidades, exhibe su familia, sus partes médicos, su juventud” (Lipovetsky, 2002: 25). Se trata en últimas de psicologizar y humanizar el poder; construir un presidente a “escala humana”.

Se entiende así la potenciación de los discursos y la profunda capacidad que tienen de calar en la mente de las personas, si al construirse y transmitirse se basan en marcos que encarnen y simbolizen el sistema de representaciones de quienes los perciben. La política se compone de ideas elaboradas y discusiones epistemológicamente complejas, pero asimismo incluye dramaturgia y posiciones comunes, “populares” dirían algunos académicos.

Aceptar esta realidad de la política no implica demeritar lo importante del debate filosófico y argumentado, antes bien, ayuda a reforzar la idea de política, si se piensa que los medios, como tamiz y transmisores de opinión, acrecientan el debate y la polémica.

Se ve así la esfera pública “como una arena cuyos contornos son indefinidamente extensibles: nuevos participantes, nuevos hechos, nuevas querellas y las consecuencias de los debates sobre quienes todavía no eran participantes, reconfiguran permanentemente este público al que Dewey veía como una estructura de interacción en perpetua expansión” (Maigret, 2005: 374).

Puede afirmarse entonces que no es el fin de la política sino el comienzo de una nueva, que entiende que la demagogia y los discursos muy elaborados pertenecen a esferas muy particulares y delimitadas (pequeñas inclusive). Las grandes luchas están mediatizadas, atravesadas por la emoción y los discursos “pop”. Ese es el real diagnóstico que estamos aun en deuda por hacer.

Facebook, por ejemplo, es realmente un espacio donde se habla y se comparte (con el muro, la fotografía, las biografías) tal vez de la forma menos deseada para quienes hemos conocido otras maneras de socializar, donde el principal tamiz era el contacto mismo, sin más lastres que los que imponen la personalidad y el lenguaje.

El reto queda puesto sobre la mesa, no se trata de despotricar del mundo actual y de su individualidad rampante. Entender la forma como operan las relaciones humanas en la actualidad, da pistas sobre la manera como deberían enfocarse las políticas y los discursos de comunidad que busquen reunir y cohesionar a las personas. A la pregunta sobre si podrán construirse acciones colectivas desde la individualidad, podrá responderse que hace falta crear ficciones coherentes con los marcos sociales actuales que encuentren un correlato en la acción y la realidad.

Creemos ficciones entonces.



Bibliografía

- Arendt, Hannah (2005) “La esfera pública y la privada”. En: *La condición humana*. Barcelona: Paidós.
- Lipovetsky, G. (2002). *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona: Anagrama.
- Maigret, Éric (2005) “El espacio público contemporáneo y las reivindicaciones micro-políticas”. En: *Sociología de la comunicación y de los medios*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- Serrano, Enrique (2002) “Pluralidad y política”. En: *Consenso y conflicto. Schmitt y Arendt: la definición de lo político*. Medellín: Universidad de Antioquia.